

# Final Hope

## Cambios 1x04

Aquella lágrima arrancó toda su piel.

Sus venas se secaron dejando un vacío doloroso e irremplazable.

La verdad se tornaba tan triste como imprevisible y ya no había nada de entro de él.

Su alma se fugó en un intento fallido de cordura y le abandonó a corazón abierto mientras buscaba su otra mitad.

### **Cementerio All Souls**

La lluvia caía sobre la tierra solemnemente. Los paraguas que intentaban evadirla se agrupaban dando la sensación de un cielo negro, profundo y temeroso, como la brisa que acababa de despertar.

Un tímido llanto retumbaba en el silencio acompañado de susurros lejanos. El tumulto de personas mirando hacia una misma dirección se mantenía inmóvil, con sus rostros desencajados por el golpe aún.

Nadie podía esperarlo, nadie presintió su despedida de un mundo que siempre le quedó grande. Un pañuelo viajó de una mano hasta la de la señora Stennon que pudo comprobar como todas las miradas se compadecían de ella. Parecían tan unidos, tan felices, que recuperarse de aquel revés de la vida se tornaba tan duro como difícil.

El Padre Johhan invocó sus últimas palabras a la par que Rachel Griffit arropaba a su mejor amiga. Cogió su mano y la apretó con la de ella emotivamente, quería recordarle que no estaba sola.

No más de lo que la vida la había dejado.

### **Prisión del Estado**

Hacía una hora que habían dado el toque de queda en la prisión, las luces estaban apagadas y había un silencio sepulcral. Todo estaba en calma.

Era el momento donde las voces de la conciencia chillaban y repetían dolorosamente las injusticias y crímenes que las doscientas almas que allí se encontraban confinadas habían cometido, al menos su hombro había dejado de dolerle.

Las paredes dibujaban caras terroríficas surgidas de la humedad. Era un lugar aterrador, triste y melancólico lleno de personas perdidas, sin juicio ni escrúpulos que contaban día a día lo que les quedaba de vida.

Una cucaracha paseaba sobre el lavabo de la habitación. Hasta ese ser, muy despreciable para muchos, le parecía más leal y seguidor de sus principios que él mismo.

William no podía dormir. Se sentía sucio. Aún había sangre entre sus uñas que intentaba quitar. Hubiera preferido arrancárselas una a una antes que ir recordando poco a poco la escena del crimen de su vida.

¿Cómo había dejado escapar todo entre sus manos? ¿Cómo su mundo había podido desvanecerse sin que apenas él se diera cuenta...?

Empezaba a olvidar quien era y a imaginar quien es.

¿Qué le diría a sus padres? A sus colegas médicos, a su novia...

Natalie... ¿qué había hecho?

Ahora estaba solo y lo único que recordaba era todo lo que ella le había dado y cómo él lo había despreciado. Sí... atendía a sus llamadas, le regalaba sonrisas, dormía con ella, le hacía el amor, pero... ¿compartía su vida? ¿Sus pensamientos más íntimos, sus dudas existenciales, sus miedos extravagantes?

¿Qué había hecho por ella más que estar pasivamente a su lado?

¿La había amado? ¿La había escuchado?

La incertidumbre de la duda se tornaba cada vez más dolorosa, y su persona aún más necia.

## **Residencia de los Griffit**

Los sábados tocaba fiesta en casa de los Griffit. Rachel y su marido preparaban minuciosamente cada uno de los detalles que diferenciaban una

buena velada de una cena sin más.

Ella se encargaba de los canapés, de la cuidada presentación en la vajilla de plata, también del lavado, planchado y perfecta colocación de las mantelerías de Italia. Norman, su marido, preparaba la música, siempre escogida para la ocasión, teniendo en cuenta los gustos de los invitados, pero sin perder el estilo barroco de su cuarteto de música de cámara preferido.

También elegía las bebidas en concordancia con la cena, sin que un buen vino dulce faltara nunca para el acompañamiento perfecto de su salsa de arándanos de tradición familiar.

Sus fiestas estaban caracterizadas por la elegancia y el buen gusto sin perder la clase de una de las mejores familias del barrio que llevaba al pie de la letra el significado del sueño americano.

Richard y Alice, debutaban cada sábado a los invitados con un pequeño concierto de violín y piano mientras éstos se deleitaban con los entrantes.

Los Griffit tenían contactos en toda la ciudad, y a pesar de que el talento musical de sus hijos, a veces, dejaba qué desear, no había sido un impedimento para entrar en el conservatorio superior con altos honores.

Richard era un joven de ocho años con, aparentemente, todo lo que un niño podría desear, y Alice una adolescente inmejorable estudiante y presidenta del grupo de ciencias de su clase.

Resaltaba su delgadez frente a su gran altura. Ya casi había alcanzado a su padre, y su talla 36 frente a su metro setenta y seis centímetros daba mucho qué hablar.

Sus padres lo justificaban con el estirón típico de los dieciséis y el gran ejercicio físico que hacía de ella una de las mejores jugadoras del equipo de baloncesto de su instituto.

A la vista era una familia ejemplar, que donaba a la Iglesia sumas incontables cada domingo.

Ambos, Rachel y Norman, poseían acciones en la mayoría de las empresas importantes de la ciudad, además del pleno control del buffet más prestigioso de abogados, donde ejercían en los casos más sonados del estado.

La mala prensa, había relacionado a Norman con el pago de sumas ingentes

de dinero a cambio de un trato de favor por parte de algunos jueces. Pero nada estaba probado, y su sonrisa inocente y mirada generosa lo negaban allá donde fuera.

Lo cierto es que el año pasado no fue de los mejores para ellos después de que su antigua asistente aireara sus trapos sucios en algunos tabloides de la ciudad.

Pero aquello ya no era un problema, y menos con aquella mujer entre rejas, hoy era sábado, y tocaba una de las grandes veladas de las que tanto alardeaba la familia Griffit.

El encuentro de los más prestigiosos abogados, jueces, políticos, ingenieros y médicos del condado. Las nuevas promesas eran capaces de despellejarse por una invitación, por un par de contactos entre las altas esferas.

### **Prisión del Estado**

La luz que escasamente entraba por la ventana del patio interior era suficiente para poder distinguir el rostro de su oponente.

No sabía muy bien qué quería ni por qué le miraba así, pero no debía tratarse de nada especialmente bueno.

William siempre se jactaba de su minuciosa capacidad de observación. Analizaba cada detalle del mundo e impartía una crítica sobre él.

Aquel lugar no era demasiado acogedor, la humedad de la pared le daba un toque gótico. Hacía frío.

Había cambiado su incómoda cama por el suelo, pero sentía que sólo allí podía descansar. Cualquier otro lugar sería demasiado bueno para una persona como él.

Su compañero de celda daba vueltas en su cama sin parar. Empezaba a ponerle nervioso pero aún así evitó decirle nada. Ahora mismo quería estar sólo, o en su defecto, sentir la soledad.

Pero una voz irrumpió en su espacio.

-¿No puedes dormir, verdad?

*William no le respondió. No quería hablar. No se sentía preparado para ello.*

*De modo que su compañero le ayudó.*

-Aquí nadie puede. Llevo 714 días y sólo conseguí dormir el primero por la paliza que recibí. ¿A ti aún no te han tocado, no?

*William sólo observaba la pared, como si la única voz que oyera fuera la de su conciencia.*

-Tienes suerte, a lo mejor es por tus pintas. Pareces un tipo importante, como uno de esos ejecutivos millonarios, ¿sabes? Seguro que no tardan en sacarte de aquí.

Yo sin embargo me pudriré hasta que un día vengán a recoger mi cadáver de la celda, será entonces cuando salga victorioso de este sitio, y sé que lo haré.

*El joven doctor no podía evitar escuchar sus palabras. Por un momento olvidó quién era y dónde estaba y observó a su compañero minuciosamente. Sin tatuajes, americano, delgado y con pronunciadas ojeras. Los cortes de las muñecas indicaban que ya había intentado acabar con su sufrimiento más de una vez. Desde luego su crimen debería ser importante ya que no encajaba en el perfil de la mayoría de los presos.*

*Su compañero le devolvió la mirada y volvió a preguntar.*

-¿Por qué estás aquí? ¿Hiciste algo malo?

*Por un momento William empezó a sentir más pena por él que por sí mismo. De repente sintió un alivio inesperado. Compadecerse de los demás era mucho mejor, sintió una punzada de dolor en el hombro, un recordatorio amargo.*

-Maté a alguien.

*Dijo como si no hablara de sí mismo, como si relatara algo que realmente no*

*había sucedido.*

*Su compañero le miró de arriba abajo.*

-No tienes pinta de asesino.

-¿Y quién sí?

*Preguntó William casi más para sí mismo.*

-Ellos.

*William empezaba a detectar un aire de enajenación.*

-¿Quiénes?

*Le preguntó para seguirle el juego.*

-Los mismos que te encerraron a ti, los mismos que me encerraron a mí, los mismos que nunca tienen que dar explicaciones.

*Por un momento, William se replanteó las cosas. Volvió a mirarle, esta vez buscando algo de cordura en sus palabras.*

-¿Acaso crees que estamos injustamente aquí?

-¿Injustamente?? Hemos visto demasiado. Intentaron matarme antes, y seguro que hicieron lo mismo contigo.

*De pronto sus palabras se tornaron más reales, con una inquietante similitud al mundo real.*

*Entrelazó sus dedos entre su rubia cabellera y reflexionó un instante.*

*Todo lo sucedido, todos los hechos apuntaban a un complot en su contra.*

*Con el por qué alejado de su mano lo único de lo que tenía certeza ahora mismo era de eso.*

-¿Sugieres que han organizado una conspiración para acabar con nosotros?

*Su compañero le miró preocupado y lentamente se fue arrastrando a su lado, manteniéndole fija la mirada.*

-¿Pero quiénes? ¡Dame nombres!

*William yacía ante una amarga desesperación, el rostro de su compañero cambió de expresión.*

- Rebecca Roberts.

### **Apartamentos The Light**

Frank yacía plácidamente en su sofá.

Había recibido mucha información últimamente y aún trataba de digerirla. Pero se sentía feliz. Feliz porque después de tantos años haciéndose preguntas, hoy era la primera vez que creía encontrar respuestas. Pero también estaba aterrado. Todo era nuevo para él y este giro inesperado le conducía a un lugar totalmente desconocido.

Volvió a centrarse en lo que tenía ante sí.

Sus manos acariciaban cada milímetro del artilugio de acero, sus ojos lo observaban inquietos, todas las respuestas a sus preguntas estaban allí dentro. Presentía que aquella mujer decía la verdad. Una verdad que no podía ocultar solo.

No sabía a dónde ir ni con quien hablar, su vida seguía en juego, pero ahora lo que poseía le parecía mucho más importante que su simple existencia...

Sus pensamientos volvieron a conducirlo a algo que llevaba años atormentándole: su padre. Sabía que si llegaba al fondo de la cuestión, a la verdad sin tapujos, entonces llegaría hasta él.

Pero había piezas que aún debían encajar en su puzzle, él tenía la clave, pero necesitaba las respuestas que faltaban para dibujar el plano que le llevaría hasta su fin. Su meta, esa que no comprendía pero que tanto ansiaba.

Sin pensarlo descolgó el teléfono, llamo a la única persona en quien podía confiar.

## **Hotel Sun Delay**

Mónica descolgó el teléfono al unísono de la primera llamada.  
Llevaba una toalla alrededor de su cuerpo aún húmedo por el vapor de agua.

-Mónica

*Dijo con una voz seria*

-Mamá, soy yo.

*Le respondió un dulce timbre de voz muy familiar.*

-¡Hola cariño! ¿Cómo estás? ¿Ocurre algo??

-Eso debería preguntártelo yo, no sé nada de ti desde que marchaste para Nueva York.

*Mónica sintió el peso de la responsabilidad hacia sus adentros.*

-Lo sé, lo siento... no creas que no he pensado en ti, pero he estado muy ocupada, ya sabes como son estas cosas...

-Sí, justo el motivo por el cual las dejaste.

-Parece que lo dices con cierta ironía.

*Le respondió inquisidora.*

-No *–rió–* ya soy mayorcita como para cuidarme sola, y tú sigues siendo lo bastante joven como para retomar tu antigua vida...

-Tranquila, esto es sólo temporal.

*Respondió en tono tranquilizador.*

-Eso es cosa tuya, yo sólo quería decirte que estaré allí en unas horas.

*El rostro de Mónica cambió radicalmente a sorpresa.*

-¿En Nueva York??

-¡Exacto! Me han mandado cubrir una noticia allí.

### **Patio de la prisión**

Era la hora del paseo, Todas las celdas se abrieron y uno a uno fueron saliendo todos los presos. Después de pasar revista hicieron grupos de diez personas y los condujeron a lugares distintos, al grupo de William le tocó el patio, quizás fuera agradable un poco de ejercicio al aire libre, aunque no alcanzaba a comprender lo que significaban exactamente esas palabras en una prisión. Antes de salir fuera un policía le hizo una señal. William le observó indeciso hasta que el guardia volvió a repetir el gesto, era obvio que ese hombre quería algo, de modo que se acercó disimuladamente a él.

Por el camino pensó en las diferentes variantes por las que un guardia querría hablar con él, pero ningún motivo logró convencerle lo suficiente. Llegó hasta a él y le miró prudentemente.

- Tu compañero de celda, ¿de qué le conoces?

*De todas las opciones esa no había sido barajada.*

- No le había visto en mi vida, ¿por qué?

*Preguntó William confuso.*

- Qué extraño..., se esforzó mucho por ser tu compañero.

*Ahora sí que no entendía nada.*

- ¿A qué se refiere?

- A que duermas con los ojos abiertos amiguito.

*Le respondió en un tono cómplice que le atemorizó aún más.*

William se alejó de aquel hombre lo más rápido que pudo sin parecer descortés, aquella conversación le había dejado del todo intranquilo, si ya de por sí una cárcel no era el lugar más acogedor, una cárcel con personas que se esfuerzan en dormir con uno se tornaba en una estampa infernal de la que no le apetecía especular. Pero lo peor le esperaba al llegar, ¿de qué iba todo aquello?, su compañero le quería a él... ¿por qué? ¿acaso era algún tipo de chantaje por parte de los guardias? ¿una novatada de preso recién llegado?. Por primera vez en su vida se lamentó de ser tan atractivo, inmediatamente después recordó todos aquellos momentos en los que su físico había salvado la situación.

En lo bueno y en lo malo, se dijo a sí mismo, y empezó a escudriñar algo que pudiera arrancar y sacarle punta.

### **Apartamento de John Doggett**

Había papeles por todas partes, informes, carpetas, archivos, fotos...

John intentaba atar todos los cabos, averiguar cuál era el nexa, y por qué Alfred Griffit sabía tanto.

Era un hombre poderoso, de buena familia y con alto cargo. Tenía contactos entre las altas esferas de todo el país, pero... ¿qué tenía que ver con Gibson?

¿Qué extraños asuntos se traía entre manos?

Mientras meditaba tomó un sorbo de su café y llevó sus manos a la cara.

Estaba agotado.

Sus brazos aún presentaban cortes y hematomas del desierto.

Los últimos días habían sido intensos. La pérdida de Sussan Galer, el encuentro con Skinner, volver a ver a Mónica... tan activa y apasionada como de costumbre. Es como si el tiempo no hubiera pasado. Pero lo había echo. Sin embargo las únicas huellas era su expresión, su pelo de color grisáceo y su tos cansada que de vez en cuando aparecía. Aunque eso ahora daba igual. Había estado tan cerca... pero sabía que aún tenía el

control, conocía el siguiente paso.

Los ladridos de su pastor alemán le indicaron que alguien se acercaba. John se dirigió a la puerta antes aún de que su visita llegara a llamar.

-¡Mónica! No te esperaba hasta la tarde.

*Dijo gratamente sorprendido.*

-Lo sé, pero he pensado que no te vendría mal un poco de compañía. Te invito a comer.

*Contestó mientras acariciaba amigablemente al perro que la observaba atentamente.*

-Lo siento pero será mejor que me quede en casa, aún tengo que zanjar un par de asuntos.

*Mónica le miró intrigada.*

-¿Un par de asuntos?

*Preguntó a la vez que se adelantaba hasta el salón.*

*Allí observó el desbarajuste de archivos y folios que allanaban el suelo.*

-John... *—le observó a modo de reproche—* ¿has dormido?

-Sí, por supuesto, acabo de ponerme a organizar todo esto ahora.

-Mientes, llevas la misma ropa de ayer, no te has afeitado y los cinco vasos de café de la mesa confirman mi teoría.

*John agachó la cabeza.*

-Tienes razón, a quién voy a engañar...

-A mí desde luego no, venga, date una ducha mientras te ayudo con este desorden. Y luego nos vamos a comer, ¿de acuerdo?

- A sus órdenes, teniente Reyes.

*Respondió burlonamente.*

### **Hostal Center**

Shirley se revolvió intranquila en su cama, sus botas descansaban como dos perros guardianes en el suelo esperando pacientemente a su presa, su ropa yacía esparcida por toda la habitación del hostal, sin ningún tipo de orden o preferencia, había restos de café y un par de Donuts sobre la mesa. Era la segunda noche que pasaba en aquel hotel, y esa misma mañana tendría que irse de allí. Si no saben dónde estás, no pueden cogerte, o al menos eso le había dicho Hansel.

Ahora soñaba con él.

El mismo sueño se repetía una y otra vez.

Era la gran noche, después de aquello se acabarían los misterios, la base de datos de la NSA no era nada en comparación con eso.

Ella había sido la última incorporación al equipo, después de tres años era como una más de la Familia, allí estaban todos.

Gretel, llamada así debido a que Hansel era como su hermano, era con él los padres fundadores del grupo, a pesar de que ella apenas tenía un par de años mas que Shirley, era precisamente la madre que nunca tuvo. Se encargaba de todo, especialmente los suministros, no importaba lo extraño que fuera o lo difícil de adquirir, ella te lo conseguía.

Aladdín y Apu, eran los “magos” inseparables, funcionaban como lo si fueran sólo uno. Una vez consiguieron robar el silbato al arbitro en la final de los mundiales a cinco minutos del final, los buscaban en diecisiete países, pero nunca jamás habían robado para hacerse ricos, simplemente les gustaba lo imposible.

Dormilón, el pirata informático, fue el primero en ingresar en la familia, y el que reclutó a Shirley. Una vez bloqueó durante siete minutos el trafico global

de Internet para obtener el ancho de banda suficiente para robar las diez temporadas de su serie favorita del antiguo servidor digital de la fox antes de que cortaran el cable. Doce horas después tuvo que abandonar el país, con las nueve temporadas en su reproductor portátil. Aquella serie lo merecía.

A Blancanieves, la escogieron porque Dormilón la necesitaba, era la única persona que había penetrado cien niveles en su firewall personal, en una sola noche. Dormilón decía que no necesitaba ayuda, que él podía hacerlo solo, pero alguien capaz de haber violado la primera capa de su cortafuegos en una sola noche merecía ser la que se ocupara de bajarse sus series favoritas y del café.

Y finalmente Hansel, era el cabecilla, el jefe, el dios personal. Él encontraría todas las respuestas a sus preguntas, acusado de terrorista, de sectario, y de muchas otras cosas más, no había gobierno que no tuviera su foto.

Shirley sentía el tacto áspero de las sábanas, su mente rondaba la conciencia, pero el sueño seguía.

Tenían que entrar en aquella fabrica aparentemente abandonada, la cual sería abierta próximamente como sede Mundial del Control de Plagas, sin embargo el antiguo hedor aún impregnaba el aire, ¿qué diablos habían hecho con aquellos pobres animales?

Aladdín lo había dejado claro, fuera como fuera, sería imposible que no les descubrieran, el problema era si les daría tiempo a salir con lo que buscaban o no.

Dormilón estaba tan entusiasmado con la idea de asaltar el nuevo modelo de ordenador cuántico de ocho núcleos que ni siquiera le importaba que le cogieran.

Hansel no estaba dispuesto a haber llegado tan lejos y rendirse ahora y menos con la ayuda de Gretel que por nada en el mundo dejaría solo a su hermano.

Blancanieves tenía miedo, pero acompañaría a su familia hasta al infierno.

Todos no podían entrar, había dicho Hansel, al menos uno tendría que esperar fuera. Lo último que Blancanieves hubiera supuesto es que sería ella.

Hansel le dijo que la necesitaban, que su misión era tan importante como la de ellos, que debía esperar fuera, si algo pasaba ella debía salvarse y contarle al mundo lo ocurrido, lo que ya sabían.

Dormilón le dio su ordenador personal, su main. Dijo que podría conectar con él desde cualquier parte del mundo, él transmitiría todos los datos a ese ordenador una vez lo hubiera descargado.

Blancanieves asentía confusa, debería haberse dado cuenta de que todo saldría mal.

Hansel volvía a irse otra vez y ella no podía remediarlo.

Shirley se despertó, su ordenador personal ronroneaba a su lado, tenía una pegatina de Blancanieves pegada en la tapa, faltaba uno de los enanos, todo estaba en orden, ningún mensaje de alerta.

Miró debajo de su cama, y sacó otro ordenador negro, mate y liso, una perfecta obra de la ingeniería militar, no hacía ruido, pero estaba encendido, abrió la tapa y escribió un par de comandos. El procesador no había sido apagado en dos años y sin embargo aún no había terminado su tarea de decodificación.

Conectó el sistema de comunicaciones, la línea no daba tono, el registro no indicaba ningún intento de conexión desde el último, seis meses después de la noche en la que se quedó sin familia.

Tocó con su mano el lugar donde antes se encontraba la unidad secundaria de almacenamiento, la carcasa estaba arrugada por el calor. Rezó por no haber cometido un error, pero era la única manera.

Shirley le encontraría, encontraría a aquel malnacido y le mataría con sus propias manos.

Una lágrima se estrelló contra la tapa cerrada del ordenador personal de Dormilón. Sus puños estaban cerrados, desearía poder dormir, dormir y no soñar.

## **Prisión del Estado**

William daba vueltas en su incómoda cama. No podía dejar de pensar en lo sucedido en el patio, y cada vez más dudaba por todo. Empezaba a obsesionarse, estaba cien por cien alerta, todos sus sentidos observaban a su oponente. Le miraba disimuladamente, pero su compañero parecía ajeno

a todo ello. Él relataba algo entretenidamente sin percibir ni el más mínimo resentimiento por su parte.

- ... entonces miró a través de mi, con esos ojos somníferos almendrados, ni siquiera supe qué significaba...

*William no podía aguantar más. Quería dormir, descansar, y empezaba a pensar que le quedaba un día muy largo por delante.*

- Quizás no significara nada, ¿por qué no intentas dormir?

*Pero Chuck no parecía estar por la labor.*

- ...debí escribirlo para que no se me olvidara, era tan real, como cuando se fue volando, mi corazón iba a salirse de mi pecho, porque ese tipo de cosas nunca me pasan.

*Esto ya era el colmo, un paranoico asesino que le había elegido para compartir celda...*

- Le pasa a mucha más gente de la que crees, y puedes encontrarlos fácilmente en esos edificios grandes con un letrero que dice "Institución Mental"

*Chuck le miró pensativo.*

- Incluso ahora al recordarlo no puedo respirar, fue tan real... es como si me despertara en Disneylandia pero más terrorífico.

- No creas, ese sitio ha traumatizado a más de uno.

*William empezó a rezar a un dios en el que no creía.*

-Fue escalofriante, una descarga de adrenalina, ¡era tan real...!, debió de ser mi día de suerte porque estas cosas nunca me pasan a mi. ¿Me crees verdad?

- Claro.

*Respondió el doctor con una ironía que hasta su compañero supo leer.*

- Por favor tienes que creer lo que te acabo de decir, te estoy diciendo la verdad, no esta todo en mi cabeza, deberías haberlo visto, me cogieron de la mano, y me llevaron dentro...

*William hizo el gesto de mirar la hora, pero ya no había reloj en su muñeca.*

- Luego me enseñaron, me enseñaron algo que siquiera sabría por donde empezar, no se si estaba vivo, o si estaba muerto, y no puedo recordar lo que me dijeron.

- Eso sí que es una verdadera lástima.

*El doctor empezaba a dudar de el peligro en potencia de ese hombre.*

- Ponte en mi situación, es demasiado, no puedo aguantarlo, no puedo recordar lo que me dijeron porque olvidé llevar bolígrafo.

- Si no puedes recordarlo es porque no era importante, es lo que me decía mi madre.

- Te equivocas.

*Ya estaba harto, no podía aguantar ni una paranoia más. William decidió que si bien estaría hablando con él, al menos sería de lo que él mismo quisiera.*

- Dime una cosa, ¿por qué te encerraron aquí?

- Por ser un indigente.

- Eso no es un delito penado.

*Le contestó desmontando su invención.*

- Bueno, yo no tenía ningún tipo de identificación, para ellos no soy nadie, así que me llevaron a comisaría y de allí acabé aquí.

*Desde luego no era lo que se dice una historia convincente, además no concordaba en absoluto con lo que había oído de aquel tipo, ese tío se había llevado gran parte de su vida en sitios donde las habitaciones son acolchadas y hay todo tipo de píldoras de colores antes de dormir.*

- Pues yo he oído que tienen problemas en el pabellón psiquiátrico y que te asignaron a este bloque temporalmente.

*Dijo en un ademán de valentía.*

- Eso es totalmente cierto.

*Quizás pedir respuestas coherentes era pedir demasiado a aquel tipo.*

- No hace falta que lo jures

Aún así, aquel hombre le estaba empezando a caer bien, al fin y al cabo, su vida últimamente estaba empezando a tomar ciertos tintes paranoicos. Conspiraciones, visiones y todas aquellas cosas tan de ciencia ficción que diariamente le estaban asediando. Y además le hacía olvidar por momentos su estancia allí, al fin y al cabo no tenía cerca a Frank, un amigo paranoico más no le haría daño.

## **Apartamentos Deep Side**

Natalie daba vueltas por la habitación.

Estaba desesperada, cansada y harta.

Llevaba unos días horribles, y empezaba a hacer mella en su trabajo.

Su director artístico le había pedido que se centrara o que se tomara unas vacaciones anticipadas. Natalie sabía perfectamente a lo que se refería. A que la señorita Hoogan hiciera su papel protagonista en la obra mientras ella

se quedaba en casa llorando por sus desdichas sentimentales.

Pero es que esto ya era demasiado. William siempre había tenido sus particularidades. Como a todos los artistas excéntricos le gustaba estar solo. Disfrutar de su tiempo en lugares desconocidos para la faz de la tierra donde su alma pudiera vagar plácidamente y sus ideas fluyeran en paz. Pero siempre volvía y le regalaba su mejor sonrisa, su más tierno abrazo y la miraba como si fuera la única mujer del universo.

Aquellos tiempos... los mismos cuando se sentaba en la última fila durante los ensayos para contemplarla, y luego la sorprendía con rosas y una nota dulcemente dedicada.

Cuando le dejaba una chocolatina debajo de la almohada con un "te quiero" enorme bajo su ilegible letra de médico los días que se iba temprano.

Parecía que habían pasado siglos desde entonces, desde que William la amaba, hasta que dejó de necesitarla.

Ella lo entendía así, y por eso recogía todas sus cosas de la casa.

Sus barras anacaradas de labios del cuarto de baño mezcladas entre su aftershave, su ropa interior del segundo cajón de su mesilla, sus libros de medicina natural de los que él tanto se reía, sus zapatillas de ballet tendidas en la terraza, y sus notitas del frigorífico tan cursis como tristes.

No podía esforzarse más en algo que nunca volvería a funcionar.

Una lágrima furtiva surcó su mejilla. Ella la secó rápidamente, no debía permitirse llorar. No por un hombre que ya no la amaba.

No otra vez.

### **Jardines de la residencia Griffit**

Durante la agradable comida en el restaurante favorito de Mónica en Nueva York, John le había explicado todos los avances del caso. También habían conversado más tranquilamente sobre sus vidas, aunque siempre a la sombra de la trama que tenían por delante.

Ambos habían acordado dirigirse rápidamente a la residencia del señor Griffit justo después de visitar a Skinner en el Hospital.

A pesar de su avanzada edad, Walter seguía teniendo una salud de hierro, y una fortaleza indescriptible. A veces John envidiaba su suerte.

Los jardines de la Residencia Griffit estaban tan cuidados como verdes.

Grandes fuentes alrededor de los cipreses con forma de cisnes, un pequeño

laberinto para los niños e hileras de árboles adornando el sendero hasta la gran mansión.

Quién diría que el delegado de asuntos internos viviese mil veces mejor que el director del FBI.

Un hombre mayor les abrió cortésmente la puerta y les hizo pasar hasta un elegante despacho mientras Alfred se disponía a acompañarles.

Había marcos con las fotos del señor Griffit junto a importantes personalidades del país repartidas por las paredes.

Antes de que Mónica pudiera conjeturar sobre la fecha de la pequeña estatua clásica, la espera tocó su fin.

-Siento haberles hecho esperar

*Dijo Alfred mientras les ofrecía cortésmente su mano.*

-¿A qué debo esta inesperada pero grata visita?

*Mónica advirtió que la diplomacia estaba entre sus dones.*

-¿Qué le dice el nombre de Gibson Praice, señor Griffit?

*Preguntó Doggett sin rodeos.*

*El rostro de Alfred cambió. Se tornó dudoso y con leve matiz de nerviosismo.*

-¿Ocurre algo?

*Inquirió Mónica.*

-No, no... Es sólo que me ha recordado a un triste incidente.

*John observó a Mónica confuso.*

-¿Qué clase de incidente, Alfred?

*El señor Griffit agachó la cabeza y llevo las manos hasta su frente para secarse el sudor.*

### **Prisión del Estado**

William miraba a su compañero atento, confuso, intrigado... Había escuchado tantos relatos que la paranoia empezaba a adueñarse también de su mente.

- ¿Sabe que el departamento de estadística de nuestro gobierno es el que más datos tiene almacenados, incluso más que la CIA, o el FBI?

- ¿Datos? ¿te refieres a las marcas de procesadores más vendidas?

- La información es poder, poder para controlar a las personas.

*William se quedó pensativo un par de segundos.*

- ¿Y cómo me controlan a mi?

-Tú fuiste arrancado de tu familia para no descubrir la verdad.

*Replicó Chuck con ojos brillantes..*

- ¿Qué?? ¡Yo no he sido arrancado de nada! He llevado una vida muy tranquila y serena... hasta hace poco.

*Dijo William con resentimiento. Chuck parecía algo más que perturbado.*

- No, ¿no lo sabes?

- ¿Saber el qué?, déjame en paz, estoy empezando a cansarme de este jueguito.

*Su compañero le miró fijamente, con sus pupilas dilatadas y su expresión atenta.*

*Ya había amanecido, ambos habían pasado toda la noche hablando, y era ahora cuando William comenzaba a dudar de sus intenciones..*

- Los datos, la tecnología, tus llamadas, tus gustos ¡todo! Lo tienen todo, en un archivo con tu nombre..

*Aquello comenzaba a tomar unos tintes demasiado paranoicos.*

*Antes de que pudiera hablar, una mujer abrió su celda.*

*Era la enfermera de la prisión.*

*William la observó atento.*

-Vamos Chuck, es hora de tomarte tu medicación.

Por fin un poco de descanso, pensó William. Era en primer momento en el que dejaba de escuchar su voz, sus pensamientos... De pronto volvió la mirada hacia la enfermera y Chuck.

- ¿Qué clase de medicación toma? *-inquirió William-* soy médico.

- Y también eres un preso, y no me está permitido conversar sobre el diagnóstico con personas ajenas a la organización.

*Chuck asintió con la cabeza y abrió la boca enseñando la lengua, la enfermera le metió las pastillas en la boca, se la cerró y le tapó la nariz, luego comprobó que se las había tragado y se marchó. William contempló toda la escena con interés.*

*La enfermera volvió a dirigirse a William.*

- Hemos tenido algunos problemas con él, no está de mal tomar precauciones verdad, ¿doctor?

*William asintió resignado.*

*Cuando la mujer marchó, el guardia que la acompañaba se quedó observándoles a los dos, había resentimiento en su mirada, luego se marchó.*

*No pasaron ni dos minutos hasta que Chuck se acercara sigilosamente a él.*

-¿Querías saber que me daban? Pues mira –le dijo con las pastillas en la mano-

-¿Cómo lo has hecho?

*Preguntó William mientras las cogía.*

-No pienso dejar que me envenenen, si quieren matarme, por lo menos que den la cara y no se lo encarguen a inocentes como la enfermera Hudson.

No le hizo falta más de un vistazo para reconocer el tipo de medicamento. Justo el mismo que tomaban cada mañana todos los esquizofrénicos graves del país.

Dios... William se sintió engañado. ¿Cómo había podido creer una sola de las palabras que aquél desequilibrado le decía??

Estaba tan desesperado que hubiera creído hasta al pato Donald... ¡qué iluso había sido...!

- Estas enfermo Chuck.

- Todos lo estamos de una forma u otra, ¿verdad doctor?

*Con la yema de los dedos aplastó las pastillas y esparció el polvo por la habitación.*

- Piénselo doctor, ellos saben a quién llama a las cuatro de la mañana, ellos saben qué le acostumbra desayunar, qué programas le gustan y cuales no... Todo queda registrado, todo. También saben cual será su próximo movimiento, por eso siempre ganan. Ellos lo saben, los cisnes lo saben. Tú doctor, tu también lo sabes, lo has visto, en tus sueños.

- Claro Chuck, pero lo olvidé, me olvide llevar un bolígrafo.

*Chuck sonrió, o bien le caía bien William o su locura se había adueñado de él, fuera lo que fuese no había modo de averiguarlo.*

### ***RawStreet nº 177, Sede Central***

Las reuniones del Sindicato tenían siempre la peculiaridad de saber quienes entraban, pero no quienes salían con vida. En una habitación lejana alguien estaba recibiendo un tratamiento digno de ser profesado en el mismísimo infierno, justo el lugar donde esa misma tarde acabaría.

Un cisma se avecinaba, la confianza se había perdido entre las sombras. Ya no se fiaban unos de otros, el cambio de poder había llegado demasiado pronto y las aguas aun tardarían en volver a su cauce.

Folmer abrió un sobre y sacó un teléfono móvil de él, marcó el número que había escrito en la tarjeta y esperó un par de segundos hasta que estableció contacto.

- Y bien, que tienes que contarme.

*Una voz femenina respondió al otro lado.*

- Mi parte del trato pronto será completada.

*Folmer estaba contento, las cosas le estaban saliendo bien.*

- Aunque ellos estén satisfechos, sabes que yo no lo estaré hasta verle muerto, y no me importa si tengo que llevarte a ti por el camino.

*La voz al otro lado estaba muy acostumbrada a aquel juego de poder verbal.*

- Si estuvieras en posición de hacerlo, ya lo habrías hecho.

*Contestó ella con un sutil toque de desinterés.*

- Quizás quiera jugar un poco más.
- Ellos tendrán lo que quieren, ¿qué hay de mis peticiones?
- Tu estatus será restablecido en cuanto hayas terminado el trabajo, nadie estará resentido.
- Te refieres a nadie vivo, ¿verdad?

*Folmer meditó un segundo.*

- Ya sabes como funciona esto, todo son trámites.
- Hay algo más, queremos acceso a Control de Pureza.
- Sabes perfectamente que eso no es posible.
- Lo será cuando os muestre lo que tengo en mi poder.

Una mueca burlona asomó en la cara de Folmer, aquello daba un giro interesante a todo el asunto, al fin y al cabo, estaba previsto que ellos entraran en el juego y el hecho de que fuera ella la que tuviera que negociar le resultaba muy favorable, estaban condenados a llevarse bien, al menos de momento.

- Sabíamos que tu gente lo había robado, no sabíamos que hubieras sido tú.

Sin embargo era un paso muy arriesgado adelantar tanto las cosas estando el Sindicato en una posición tan débil, sin duda habría que tomar medidas. Las noticias corrían como la pólvora, Folmer tendría que actuar con diligencia.

- Tendrás noticias mías.

Dijo ella un instante antes de colgar y dejarle con la palabra en la boca. Folmer tiró el teléfono a la papelera, cogió un botecito de su mesa y vertió su contenido sobre ella, luego tiró el sobre y acercó una cerilla.

Tenía trabajo que hacer, llamadas que realizar y gente a la que hacer desaparecer. Otro día normal.

**Despacho del señor Griffit**

El ambiente se había tornado tenso. El señor Griffit estaba claramente nervioso, pensaba muy bien qué palabras escoger para relatarles lo ocurrido.

-Verán, no había hablado de esto con nadie pero... hace unos días mi socio y amigo Arch Stennon falleció en condiciones extrañas.

*John le escuchaba sin darle demasiada credibilidad.*

-¿Qué clase de condiciones?

-El forense alegó problemas de corazón, pero créanme, era el hombre más sano del planeta...

*Mónica no llegaba a encajar las piezas.*

-¿Pero qué tiene que ver su socio con Gibson Praise?

-Ambos se traían asuntos entre manos, y precisamente tenía una reunión con él el mismo día de su muerte...

*John empezó a captar sus palabras.*

-¿Insinúa que Gibson le mató?

-Yo no insinúo nada, simplemente le digo que el señor Praise nunca me pareció alguien de confianza, siempre tan reservado para sus asuntos... no me gustaba que Arch tratara con él porque pensaba que acabaría metido en problemas... y ... ya ven.

*Mónica miró a Doggett cómplicemente.*

-¿Y dónde dice que está enterrado el señor Stennon?

#### Oficina Federal del FBI

Folmer se jactaba de ser un hombre muy meticulado. En su oficina no había nada sin ubicación ni función, los pocos muebles que la poblaban estaban perfectamente adaptados a su cometido. Debido a sus actividades extraoficiales, su carga de trabajo en el FBI era escasa, a él sólo le llegaban o bien los casos de mayor relevancia, los cuales le pertenecían debido a su rango, o aquellos en los que él mismo ponía interés, generalmente pifias de su equipo ilegítimo que necesitaban ser tapadas lo más rápido posible. Todo esto no le habría resultado posible de no estar tan fuertemente apoyado interiormente dentro y fuera del FBI, pero es que ya eran muchos de los suyos...

La única que se beneficiaba de toda esta falta de trabajo era su secretaria, la cual en días normales podía dedicarse a regentar foros e incluso moderar algunos sobre telecomunicaciones y nuevos avances tecnológicos, todo desde Internet. Si Folmer lo sabía nunca se había quejado de nada, llevar su agenda inexistente de citas y contactos o conseguirle un par de números de teléfonos nuevos cada dos o tres meses, era una tarea que bien podría realizar uno de esos monos amaestrados que salían en las revistas sensacionalistas.

Ensimismada en sus propios pensamientos y en escribir un buen artículo en su foro predilecto, se sorprendió a sí misma mirando a la luz parpadeante que le indicaba que su jefe al fin quería algo de ella. Con la entereza que da el sentirse necesitada saboreó durante un par de milésimas ese momento.

Entró en sus despacho con su mejor sonrisa.

Folmer estaba justo en la misma posición que hacía tres horas. Sentado delante de su mesa con su cara más seria.

- ¿Le importaría traerme un poco de café?

- ¿Largo de café y corto de azúcar?

Preguntó para cerciorarse de que sus gustos seguían intactos.

- Sí, por favor.

Folmer respondió apenas sin inmutarse.

Desaprovechar su talento como secretaria era una cosa, pero encima encargarle aquellas tareas... De todos modos estaba atascada, necesitaba inspiración para su último post sobre microprocesadores cuánticos, y andar un poco por la oficina le vendría bien.

Folmer estaba detrás de tres grandes montones de informes, ordenados de mayor a menor relevancia de derecha a izquierda. Estos a su vez se encontraban separados por temas y dentro de cada tema ordenados cronológicamente.

El primer montón de informes, que estaba situado más a la derecha, hablaba sobre el incidente en el desierto. Había sido un desastre, tanto en pérdida de material y hombres como en fracaso absoluto de su propósito, aunque había obtenido una prueba real y fiable acerca de la verdadera capacidad de la fuerza invasora. Aunque esa no era ni de lejos la verdadera razón de aquella expedición. La realidad es que no había conseguido ninguno de sus objetivos y por si fuera poco ahora tenía que atar un par de cabos más. Skinner seguía vivo y sus viejos colegas Mónica y Doggett habían logrado meter sus narices en medio del incidente. Aquello era con diferencia lo peor que le podría haber pasado, por un momento su mente viajó treinta años atrás y recordó ciertos momentos, desde luego la vida había dado muchas vueltas, pero si esos dos habían vuelto a unirse, nada bueno podría salir de aquello.

Aún no había decidido qué hacer con ellos, eran demasiado importantes, aunque si jugaba bien sus cartas incluso podría serles de algún modo útil.

Folmer se devanaba los sesos mirando entre los informes intentando deducir si sería un problema...

¿Qué les habría contado Skinner?, ¿hasta que punto confiaría en ellos? En el pasado fueron una gran alianza, pero el tiempo no perdona a nadie.

Los Supersoldados, Gibson... todo ese asunto empezaba a ser realmente molesto.

Secó el sudor de su frente y pasó al siguiente montón, éste era el que menos volumen tenía de los tres, también el más reciente, en cierto modo tenía relación con Gibson, pero merecía ser tratado como un caso independiente.

Exactamente concernía acerca de una fuga de seguridad, una pequeña grieta que se transformó en un gran agujero y dio lugar a un montón de fisuras.

Uno de esos asuntos que en principio parecen fáciles de resolver, pero que por cosas del destino se tuerce de tal manera que parece imposible de finalizar.

Una empleada aparentemente inofensiva consiguió hacerse con algo muy valioso. Una mujer que sabía exactamente a quien dárselo... El grave error llegó cuando comprobaron que tenía más información de la que ellos creían, con lo que atropellarla no fue suficiente... Debido a las cosas del destino no murió como estaba previsto, y a pesar de que su salvación sólo le duró un par de horas, fue suficiente como para atraer a gente de lo más indeseable.

En aquel montón se encontraba una carpeta, gruesa que hablaba sobre William Van de Kamp, al parecer su mala fortuna le había conducido a la cárcel. Una lástima para un joven tan prometedor... La idea de un incidente penitenciario empezó a crecer en la mente de Folmer, casi podía palparla y deleitarse con su perfección y eficacia, pero no, le necesitaban vivo, al menos hasta conseguir lo que buscaban...

Para que el doctor confesara todos sus pecados, necesitaba encontrar su punto débil, justo debajo de la carpeta de William se encontraba la de ella, a Folmer, de algún modo, le gustaba esa mujer. Bajo su apariencia frágil se escondía una valiosa aliada.

Apenas tenía información sobre ella, su familia había sido un fracaso incluso antes de que naciera, lo cual sin duda la beneficiaba.

Ojeó detenidamente los informes, casi todo lo que tenía de ella estaba en común con William, ¿su talón de Aquiles quizá?

Ya la había usado una vez, y todo parecía indicar que podría volver a

hacerlo, seguro que podría servirle, quizás no como agente del FBI, pero para sus aliados las posibilidades eran tentadoras. Ya casi había olvidado los placeres de la extorsión y el chantaje. Las emociones más bajas del ser humano son las que no se pueden reprimir, y a Folmer le gustaba su trabajo.

Pulsó el botón parpadeante de la mesa de su despacho.

Rápidamente su secretaria abrió la puerta.

- Aquí le traigo su café.

Folmer esperó a que lo dejara sobre su mesa.

- Siempre tan eficiente, gracias.

*Dijo con su mejor sonrisa. Pero antes de que pudiera darse la vuelta Folmer habló.*

-Por cierto, necesitaría que me consiguiera un número de un particular.

*Susanne encendió su agenda electrónica dispuesta a apuntar.*

-Harnett, Natalie Harnett.

*Ella asintió complacida, al fin algo que tenía que ver con los quehaceres de una secretaria.*

- Le pasaré con ella tan pronto como llegue a mi mesa.

Y salió del despacho radiante como una amapola en primavera, fue fácil encontrar su número, era el penúltimo que había agregado a su lista de contactos. Llamó a su móvil, pero no contestaba, lo intentó de nuevo pero con idéntico resultado, aquella situación prometía. Revisó concienzudamente su agenda para ver si había alguien relacionado con ella, no tardó demasiado, ya que el número que buscaba era el último que tenía apuntado. Apartamento del doctor Van de Kamp, probó una vez una voz

femenina y sin mucho ánimo contestó al otro lado.

- William no esta en casa, ¿qué desea?

- ¿Es usted Natalie Harnett?

*Preguntó con un haz de esperanza.*

- ¿Quién lo pregunta?

*Susanne no se digno a contestar, las explicaciones no eran asunto suyo.*

Una lucecita volvió a parpadear insistentemente en la mesa de Folmer, apenas había probado su café, cogió el teléfono.

- Natalie soy Brad Folmer.

*No pudo terminar su frase.*

-Lo siento, no tengo tiempo...

*Esta vez fue él quien la interrumpió a ella.*

- ...créame, le interesa lo que voy a decirle.

De una forma u otra, tanto si colaboraba como si no, Folmer siempre obtenía lo que se proponía. Apartó con la mano el tercer montón, el antiguo incidente ahora sin importancia pero aún sin resolver.

Y se dirigió hasta una nueva carpeta, piratas informáticos, nunca saben cuando dejar de jugar.

### **Apartamentos The Light**

Frank no sabía qué hacer, había recurrido a su última baza y ésta estaba desaparecida. No es que fuera anormal que William desapareciera sin avisar durante días, pero esto ya empezaba a ser sospechoso. Sus relaciones habían decaído un tanto últimamente, ya no eran tan inseparables como

antes, quizás debido a los últimos incidentes.

La única verdad es que se habían separado bastante hasta el punto de no saber a ciencia cierta qué es lo que le ocurría al otro. Según Frank, él mismo se había llevado la peor parte. Un asesino loco intentaba chantajearle sabe dios por qué. Aquello era un juego peligroso, y como remate, estaba en deuda con él.

De alguna forma Frank sabía que la gente comprometida con tipos como esos no vivía demasiado, tal perspectiva le aterraba, pero al menos sentía que estaba más cerca de la verdad de lo que lo había estado nunca.

Aquello le consolaba, pero no lo suficiente como para dejar de atormentarse con ese hombre. No podía sacar su imagen de su mente. Le veía a todas horas.

Por la noche le aterraba el momento de irse a dormir, pues cerrar los ojos era una oportunidad maravillosa para que su cerebro recompusiera la figura de su flamante asesino con idéntica sonrisa a la del gato de Alicia en el País de las maravillas.

No podía cuantificar cuánto le desagradaba todo aquello, y sin embargo William , sólo tenía problemas con Natalie, lo normal cuando eres un joven atractivo y forrado doctor que vas salvando vidas y rompiendo lencería a la mínima ocasión. Su instinto de amigo le decía que había algo más que no le había contado, pero por dios, seguro que no era tan grave como lo suyo. Y para colmo, ahora tenía en su poder una prueba, si es que aquella forma metálica retorcida podía denominarse así.

No era la pieza en sí, era quien se la había proporcionado lo que realmente le preocupaba, aquella chica tan extraña y ambigua que por alguna razón le había transmitido sinceridad en sus palabras.

Lo cierto es que si se le daba tan bien entrar en los ordenadores de los demás como lo había hecho con el suyo, seguro que había conseguido cosas por las cuales la gente mata y muere, cosas como la que él poseía ahora mismo.

Necesitaba tomar el aire, salir, se le ocurrió que quizás William estuviera en casa demasiado ocupado como para no coger el teléfono. De todas formas

un paseo no le vendría mal, y al fin y al cabo no estaba demasiado lejos, así que dado el caso podría esconderlo en su casa. Era curioso como algo tan importante para él, podía resultar tan insignificante para los demás.

Paseaba por la calle abstraído. Hacía tiempo que no se paraba a observar el mundo. Hacía años que no se sentía parte de él.

No podía evitar ver a todas esas personas caminando alegremente por la avenida, con sus rostros de felicidad y todos sus problemas resueltos...

La envidia siempre había estado entre sus defectos, pero últimamente era inversamente proporcional a su bienestar.

Su vida siempre había girado en torno a unas constantes inamovibles.

Su padre, William y Natalie, y su trabajo.

Eran sus tres únicos pilares de sustento y siempre habían estado más o menos equilibrados.

Trabaja diariamente desde su apartamento en programas de gestión de bases de datos y creación de servidores Web.

Cuando terminaba de mandar sus ficheros diarios vía Internet hacía una visita a sus amigos.

Generalmente para la cena. William les contaba orgulloso las complicaciones surgidas en su última operación y cómo las habían superado salvando así la vida del paciente. Natalie y él se miraban apenas sin comprender nada, pero con esa mirada de orgullo de tener a alguien que hacía algo bueno por los demás.

Luego, él les contaba sus últimos descubrimientos sobre su padre mientras ellos le asediaban con miles de preguntas.

Lo mejor, sin duda, llegaba cuando Natalie les enseñaba sus nuevos pases para el ballet. Cada día con más éxito y mejor crítica.

Frank suspiró por el camino añorando tiempos pasados.

De pronto su mente comenzó a divagar sobre los últimos acontecimientos.

Esa chica... esa mujer que le había escogido a él para transmitirle tal valiosa información... si no tenía en cuenta que a priori parecía estar como una regadera y que su forma de vestir estaba catalogada en libros de texto o museos como la "era del punk", podría incluso aventurarse a decir que en cierto modo, era exóticamente atractiva.

Varias alarmas saltaron en la mente aletargada de Frank y consiguieron

adueñarse de sus líneas principales de pensamiento. Lo que le faltaba, fijarse en una desequilibrada, quizás en las dos o menos semanas que le quedaban de vida podría tener su relación más profunda e irreal de todas. Pensándolo bien ya ni se acordaba de la última vez que... decidió no recapacitar sobre ello, el día era demasiado bonito como para estropearse ahora.

El tiempo se deslizó silencioso y rápido por la mente de Frank y sin apenas darse cuenta ya estaba en la puerta del apartamento de William.

Pegó la oreja a la puerta, se escuchaban voces, parecía que había alguien en casa, así que llamó y esperó pacientemente pero al ver que nadie respondía decidió insistir. Siguió esperando, quizás había llegado en un momento poco apropiado y no era lo más oportuno molestar.

Estaba apunto de irse cuando la puerta se abrió. Con una mano Natalie tapo el auricular y le indicó a Frank que esperara un momento.

- Mire, no creo que sea necesario que usted venga ... de verdad, le agradezco su interés, pero no.

*Natalie colgó, por la expresión de su cara, no era en absoluto buen momento. En circunstancias normales, Frank se había marchado, pero claro, aquello no eran circunstancias normales.*

- Lo siento Frank, William no esta aquí.

*Como una lucecita en su mente, una idea empezó a tomar forma entre los pensamientos de Frank, aquello podría funcionar.*

- De hecho... lo cierto es que quería hablar contigo

*Natalie dudó durante un momento, las veces en las que Frank había hablado con ella sin estar William presente podían contarse con los dedos de una mano, de todas formas tenía prisa.*

- Lo siento Frank, pero la verdad es que ya me iba.

*Dijo ella con mirada esquiva.*

- Venga Natalie, seguro que puedes esperar unos momentos, te prometo que seré breve.

### **Cementerio All Souls**

El cielo empezó a enturbiarse por unas nubes grisáceas amenazantes.

Mónica esperaba pacientemente mientras John tramitaba la orden de exhumación del cadáver.

Reflexionaba sobre lo que había cambiado el mundo para algunos, y lo idéntico que seguía para muchos otros.

Caminó sobre la hilera de cruces, y recogió unas flores secas que yacían plácidamente en el suelo.

Marchitas, apagadas y sin vida, como la mayoría de su alrededor, pero dulces y con encanto al mismo tiempo.

La mano de Doggett sobre su hombro consiguió sacarla de su ensimismamiento.

-Ya está, el sepulturero viene hacia acá con una patrulla.

*Le dijo mientras observaba las flores que ahora reposaban en las manos de Mónica.*

No pasó mucho tiempo hasta que se llenase de policía aquel lugar.

John no podía sacar de su cabeza lo ocurrido, pero lo cierto es que no sabía nada de Gibson desde hacía ya mucho...

¿En qué clase de persona se habría convertido? ¿A qué se dedicaría?

¿Qué había sido de él en estos años?

La incertidumbre se tornaba espesa y amenazante.

*Mónica le observó adivinando su pensamiento.*

-Seguramente no sea un asesino, John.

Sus ojos reflejaban la certeza de una persona segura y reflexiva.

El silencio se rompió con un llanto apagado. La señora Stennon acababa de llegar cogida del brazo del señor Griffit.

Aquello empezaba a parecerse más a un acto social que a una acción federal.

El sepulturero empezó con sus labores mientras los demás se disponían en torno a él.

Nadie hablaba, nadie se atrevía a decir nada y la tensión, cada vez más palpable, comenzaba apoderarse de ellos.

Al fin, sacaron el ataúd, y mientras la viuda asentía dando su consentimiento entre lágrimas, Mónica y John pudieron comprobar algo que nunca hubieran imaginado...

### **Prisión del estado**

Su cuerpo estaba cansado, sentía la sangre correr por sus venas y los latidos intensos del corazón.

Su cabeza se había convertido en un arma de doble filo, ahora apunto de estallar.

Hacía tiempo que había dejado de sentir hambre, pero la suciedad, tan corpórea como intangible cada vez se hacía más patente.

Empezaba a perder las pocas fuerzas que le habían llevado hasta allí.

Oía la voz de su compañero pero hacía tiempo que había dejado de escucharle, ni siquiera comprendía lo que trataba de decirle.

Escuchaba sonidos que se mezclaban con los de su propio organismo, como si se hubiera desdoblado entre alma y cuerpo William ya no discernía entre lo real e imaginario.

Veía figuras difuminadas paseándose ante él, figuras abstractas que bien podrían estar en sus cuadros, o en sus sueños...

Estúpida razón sin sentido, condena injusta de mártires. Salvación de mentes sin camino y perjurio traicionero de hombres.

Qué más da lo que importara el pasado, si el futuro estaba perdido.  
William sintió como su cuerpo se desvanecía ante la nada, ante una luz intensa y brillante que apuntaba hacia su salvación.

De pronto, como si de un relato se tratara, vio como unos enfermeros corrían hacia él, su compañero le miraba, estaba sonriendo.

Después todo se volvió negro, y las imágenes empezaron a fluir precipitadamente ante él.

Vio un acantilado, el mar castigando a las rocas con sus olas enfurecidas.

Respiraba hondo y el olor a sal se esparcía por todo su cuerpo.

El viento se escapaba entre sus manos.

Estaba tranquilo, observaba el cielo cubierto de nubes grises que bailaban al son de la brisa.

Su pelo se agitaba hacia delante, podía notar una presencia a su lado. Sentía su cabello acariciando su cuello y su mirada dirigida hacia él.

Trataba de decirle algo, algo que sin hablar llegaba a comprender.

Como una despedida, su cuerpo se difuminó entre el paisaje y volvió a estar solo. Sumido en una soledad de la que nunca había sido partícipe.

Hombres con bata blanca le devolvieron al mundo de la conciencia, uno de ellos le palmeó el hombro sano.

- ¡Menudo susto nos ha dado!

Le devolvieron a la celda sin alguien que le vigilara, sin ni siquiera algún tipo de dispositivo que le permitiera llamarles si se volvía a encontrar mal.

Su compañero seguía sonriendo.

William cerró los ojos, necesitaba descansar.

### **Cementerio All Souls**

En una pequeña sala, junto al forense, Mónica y John yacían perplejos.

El cuerpo que había sido enterrado no era el del señor Stennon.

Lo cual abría nuevas dudas y bifurcaciones en el camino.

¿Quién era ese hombre? ¿Dónde estaba el señor Stennon? Y ¿qué tenía que ver Gibson Praice en todo esto?

Mónica se vio sorprendida por la vibración de su teléfono móvil.  
Salió de la habitación rápidamente.

-Mónica, hay alguien en peligro a quien debes ayudar.

*Mónica preguntó extrañada.*

-¿Quién habla?

-Prisión del Estado, Nevada.

-¿Oiga??

*La comunicación cesó al mismo tiempo en que sus dudas se incrementaron.*

**Apartamentos Deep Side**

- Y bien Frank, ¿qué es lo que quieres?

- Sé que parece raro, tú y yo apenas hemos hablado a solas casi nunca, bueno...

*Como no sabía muy bien lo que hacer con sus manos las sacó de su bolsillos.*

- ... no es que me caigas mal ni nada de eso, de hecho te considero como una gran amiga mía ... – *de repente se sentía muy estúpido, así que volvió a meter las manos en los bolsillos de su chaqueta* - ... bueno en realidad eres casi la única chica que conozco ... jejeje ... verás lo que quiero decirte ...

Frank se dio cuenta demasiado tarde de dos cosas, la primera es que a pesar de su edad, aún no sabía como entablar una conversación normal con una persona de otro sexo, y la segunda era que tendría que haber pensado que es lo que le diría antes de empezar a hablar tan tranquilamente.

Por suerte Natalie era una mujer con los pies en el suelo.

- Frank, ¿no te habrás metido en algún lío?

### **Prisión del estado**

William abrió los ojos lentamente. Apenas podía distinguir el número de personas que había a su alrededor. No sabía dónde estaba ni recordaba cómo había llegado hasta allí.

Poco a poco su visión se fue esclareciendo hasta contemplar los rostros nítidos de las personas que había.

Cada vez todo era más confuso, estaba en una camilla de la enfermería de la prisión, y junto al equipo médico del centro penitenciario le observaba aquel hombre, Doggett junto a su compañera Mónica.

No comprendía nada, intentó hablar pero la garganta le dolía muchísimo, tenía la boca seca y secuelas de un gran dolor de cabeza.

Mónica reparó rápidamente en él. Se acercó y le miró a los ojos.

-¿Te encuentras bien?

William recapacitó un momento e hizo por encajar las piezas que dieran sentido a la escena pero no tardó demasiado en desistir. Ciertamente aquello no tenía sentido.

-William

*Dijo Mónica con gesto preocupado.*

-Estoy bien

*Contestó en un alarde de coraje.*

-Pues no hay más que hablar –añadió Doggett- nos vamos a casa.

El joven doctor no se había percatado pero entre las personas de la sala se encontraba el director de la prisión.

Doggett y él se dieron formalmente la mano y Mónica recogió una bolsa que William reconoció al instante. Sus pertenencias personales.

*El director se dirigió hasta él con expresión cortés.*

-Tienes suerte de tener amigos tan influyentes, chico.

Apenas pasó un cuarto de hora hasta que William salió por la puerta principal del centro.

Pero su rostro aún seguía confuso, perplejo y desorientado.

Mientras caminaban hacia el coche Mónica le explicó lo sucedido.

La pieza que faltaba era un nuevo de sus episodios de inconsciencia. Cayó redondo al suelo y estuvo varias horas inconsciente.

Muy lejos de preocuparle, William sentía más curiosidad por sus problemas con la justicia.

Doggett le calmó explicándole como su inútil abogado de oficio había desestimado pruebas concluyentes para su excarcelación, así como alegar defensa propia.

Había tenido suerte, su víctima, Adam tenía tantos antecedentes como para rellenar la muralla china y faltarle sitio.

Por supuesto, la decisión final estuvo influenciada por unos testigos ejemplares de la talla del director del FBI y una ex agente con numerosas condecoraciones, así como una prueba anónimamente enviada con una conversación donde Adam declaraba su futuro crimen de acabar con la vida del doctor Van de Kamp.

Por un momento William se sintió afortunado. Era la primera vez en mucho tiempo que no experimentaba tal sensación, y de pronto se descubrió a sí mismo sonriendo.

Quizás la vida fuera ingrata, pero siempre arrojaba un poco de luz sobre los inocentes.

## **Exteriores de los Apartamentos Deep Side**

Frente al apartamento de William había una vieja cabina telefónica, las

cabinas telefónicas habían caído en desuso desde la entrada del nuevo milenio, las ciudades las conservaban como reliquias de la comunicación, y a veces como urinarios públicos, de todas formas en la era de la comunicación sin cables, aquello no tenía mucho sentido, sin embargo las comunicaciones por cable seguían siendo mucho más fiables que las inalámbricas.

Aquella cabina en particular no había sido usada desde hacía exactamente un mes, cuando una jovencita tuvo que pedir un taxi. No estaba ni mucho menos sucia, sin embargo se notaba el mes que había pasado sin que nadie más la utilizara.

Sin embargo ahora estaba siendo usada, Slevin estaba en su interior. Sacó de su bolsillo un pequeño spray, primero se lo roció en una mano y luego en otra, era la versión moderna de los guantes de látex, ya no tendría que preocuparse de dejar huellas, guardó el botecito y luego sacó un pequeño dispositivo, desenroscó el auricular y lo conectó, este dispositivo codificaría la señal para que nadie salvo el receptor pudiera oírle, sacó un par de monedas de su bolsillo, las limpió minuciosamente, las introdujo en el aparato y marcó el número.

- ¿Slevin?

La voz al otro lado sonaba agobiada, preocupada. No era una buena señal.

- ¿Órdenes?

Durante un par de segundos no hubo respuesta, la voz al otro lado pareció titubear por un momento, pero no lo hizo.

- Sin cambios, adelante con el plan.

*Slevin estaba molesto, siempre se sentía molesto cuando algo no estaba bien.*

-¿Cómo hemos llegado a esta situación? Verás, no entiendo en que podría ayudarnos esto.

- Maynard, intento hacer memoria, ¿Cuándo fue la última vez que te negaste a cumplir una orden?

*A Slevin no le gustaba que le llamara así, ya no reconocía aquel nombre como suyo. Le recordaba a cuando tenía unos ideales y todo tenía sentido. Y detestaba como sonaba dicho por ella.*

- No me estoy negando.

- Pues disimulas muy bien entonces, dime, ¿acaso tiene algo especial? No me digas que te has enamorado.

*Las mariposas de su estómago habían muerto asesinadas, tiempo atrás. Slevin ya no amaba a nadie.*

- Esto complicará las cosas.

- Lo sé, pero no tengo opción, no tienes opción.

- Siempre la hay.

- No, a veces no ...

*Una sombra surcó su rostro, recuerdos de su vida pasada pisotearon su alma, si Slevin pudiera sentir dolor, habría gritado por él, sin embargo sólo hizo una leve mueca de desagrado y lo dejó pasar.*

- Él no descansará hasta encontrar una respuesta. Lo sabes.

- Pues tendrá que aceptarlo.

*Un silencio incomodo se apoderó de la línea, la orden había sido dada. Sin embargo.*

- Por favor, ten cuidado.

- No puedes matar a alguien que ya está muerto. De todas formas, ya está hecho.

Slevin colgó el teléfono, era inevitable, él también lo sabía, pero la parte de humanidad que aún le quedaba se retorció clamando por ser escuchada, una vez más, la ignoró.

### **Apartamentos Deep Side**

-Frank... –dijo Natalie mirándole de manera inquisitoria-

-No, no...

Contestó Frank nerviosamente, dándose cuenta de lo poco convincente que aquello había sonado.

Natalie estaba confusa, después de la desaparición de su novio, le tocaba aguantar al indeciso de Frank intentando decirle dios sabe qué! No había tenido un buen día y al parecer el mundo entero se había propuesto entretenerla, esta situación empezaba a molestarla bastante.

Frank consiguió ver una maleta en medio del pasillo, quizás lograra algo de tiempo mientras se le ocurría la mejor forma para que ella fuera la guardiana de su importante trozo de metal.

- ¿Os vais de viaje?

Aquella pregunta descolocó un poco a Natalie, y le hizo recordar la razón por la que se encontraba en el piso de William.

- En todo caso la que se va soy yo.

- ¿Qué quieres decir? ¿te vas tu sola? ¿a dónde?

Frank había olvidado que las preguntas se hacían de una en una, pero la idea de que ella desapareciera de la escena durante un par de días era atractiva, dependiendo de a donde fuera y cuanto tiempo estuviera ausente,

quizás un par de días estarían bien, el suficiente para aclarar un poco su situación personal y no demasiado como para que le diera tiempo a echarlo de menos.

- No lo sé, de momento no lo sé, pero desde luego quiero estar sola.

- Te has peleado con William verdad, ¿es eso? ¿no?

Frank no sabía exactamente a dónde quería llegar, pero pensó que un poco de comprensión en aquellos momentos le vendría bien a Natalie, parecía dolida por algo, y si estaba contenta con Frank entonces estaría en mejor predisposición para hacerle un favor.

Al menos eso era lo que él pensaba.

- Estoy cansada, sólo quiero estar sola.

Aquello no iba a ninguna parte, Frank sentía que de algún momento a otro le pediría que se marchara, sus ojos empezaban a brillar, a Frank le partía el corazón verla así, aquel maldito William. Justo iba a irse cuando se le ocurrió una idea.

- Ya que William no está, ¿al menos podría entrar un momento a coger una cosa?

- Claro, adelante.

Natalie se desplomó sobre el sofá, había pasado tantos buenos momentos allí sentada... y ahora se le antojaba desconocido, áspero e incluso feo. Sin embargo no tenía ninguna intención de levantarse de allí.

Mientras tanto Frank entró en el dormitorio de William. No, allí no podía esconderlo, ¿y si William lo encontraba no sabía lo que era y lo tiraba?, no, aquel no era un buen sitio, ¿dónde podría esconderlo? Se llevó una mano a la sien y se dijo para si mismo, "Vamos Frank, piensa" aquello no parecía funcionar demasiado, así que volvió a intentarlo. ¿Dónde a nadie se le ocurriría mirar, ni siquiera a William...?

Frank no había visto nunca cocinar a William, sin embargo su cocina era más grande que la suya, de pronto se vio a sí mismo removiendo entre los botes de la despensa, encontró un tarro grande, de cristal, con alguna sustancia no identificada en forma de grano. Algunas incluso estaban germinando, aquello llevaba mucho tiempo allí, y desde luego no parecía que tuviera intención de irse. Frank no se lo pensó, metió el trozo de metal dentro. Allí estaría a salvo.

Cuando salió de la cocina Natalie aun permanecía en el sofá.

- Él te quiere, es sólo que ...

Frank no pudo terminar la frase, Natalie rompió a llorar y él se fue bastante afectado del apartamento, tan ensimismado estaba en sus propios pensamientos que no se percató de que había alguien más en las escaleras, del golpe y del susto que se dio casi acaban los dos en el suelo.

- Discúlpeme, de verdad, lo siento.

*Dijo Frank al hombre que ahora se sacudía la chaqueta sin siquiera mirarle a la cara.*

- Tenga más cuidado.

Frank siguió caminando sin pararse siquiera. Se había quitado un problema de encima, ahora le quedaban todos los demás.

## **Hotel Skyline**

El agua calló por su cuerpo arrastrando mucho más que la suciedad.

William echó su pelo hacia atrás y dejó que su cara se mojara completamente.

Por fin podía respirar tranquilo, como un mal sueño o una pesadilla lejana su estancia en la cárcel se había evaporado entre la nada.

Ahora estaba en un buen hotel disfrutando de una soledad temporal que necesitaba profundamente.

Debía ordenar sus pensamientos, sus sentimientos... Su vida había sido manejada por todo el mundo menos por él, ya casi había olvidado la sensación de tener el control, de decidir por uno mismo y marcarse metas propias.

Pero empezaba a tenerlo claro, había sido arrebatado de todo. Los pilares en los que basaba su vida se habían desmoronado como un castillo de naipes. Todos menos uno. Natalie. Lo único por lo que aún valía la pena luchar.

¿Qué había sido su vida hasta ahora sino un sinfín de apariencias y gastos en cosas que no le aportaban nada?

No, ella no se merecía eso, ni ahora ni nunca.

Pensaba en sus vivaces ojos marrones, en su tierna sonrisa y en sus cálidos besos a media noche.

Pensaba en que lo único que le hacía sonreír era imaginarla a su lado, en su vida.

Dios... ¿cómo había sido tan mezquino y egoísta todos estos años? A medida de que el agua recorría su cuerpo notaba como infinitas capas de sentimientos iban quedando al descubierto.

Desnudo ante una verdad intensa y poderosa, sólo ante una decisión que ya hace mucho debía haber tomado.

La amaba, la amaba como jamás había imaginado y pensar en perderla se adueñaba de una visión gris de su existencia...

Para un pintor un cuadro en blanco y negro no decía nada, necesitaba colores para expresar sentimientos... Y en el lienzo de su vida sólo una cosa aportaba tal matiz.

Empezó a pensar cómo sería una vida alejado de todo lo que antes le parecía necesario, y centrado en alguien que incondicionalmente le había apoyado.

Se imaginó en Europa, en un agradable adosado familiar.

Comprobó lo feliz que le hacía volver de su trabajo justo a tiempo para recoger a Natalie del ballet. Lo maravilloso que era oler su pelo por las mañanas y lo increíble que sería formar una familia con ella.

Supo que su vida carecía de sentido, que se centraba en una inmadurez innegable y abstracta que consumía su presencia.

Cerró el grifo del agua y cogió la toalla con una expresión de felicidad que no

recordaba haber experimentado.

Quizás, la vida le había preparado toda esa racha infernal para darse cuenta de que lo realmente importante estaba ante sus ojos, a su lado, cuidándole a pesar de su ceguera.

Por un momento se sintió complacido, se sentó en la cama mientras se secaba y lo vio todo claro.

La quería, la quería como jamás había querido a nadie, y a pesar de todo el mal que le había hecho, esperaba que aún no fuera demasiado tarde como para emprender una vida juntos.

Una verdadera vida juntos.

### **Aeropuerto de NY**

El viaje había sido tranquilo. William había dormido plácidamente durante todo el trayecto, con esa expresión de felicidad que parecía imborrable de su rostro.

Mónica y John habían conversado en la forma de ayudarle a escapar a Europa, en cierta manera se sentían responsables de las desdichas por las que había pasado, y dando gracias a que su integridad se conservara intacta, ahora sólo buscaban la manera de devolverle el favor.

A la llegada se dirigieron hacia una de las joyerías más prestigiosas de la ciudad.

William entró decidido y compró un anillo de oro blanco con un pequeño y exquisito diamante engarzado.

Cogió su teléfono y volvió a llamar, esta vez a su propio apartamento donde esperaba encontrar a Natalie.

Dejó un mensaje en el contestador disculpándose por todo, advirtiéndole que tenía algo muy importante que decirle, y que si aún le quería, por favor le esperara.

Era justo que se marchara, pero había algo en su interior que le decía que la encontraría allí.

Empezaba a imaginar la cara que se le quedaría después de enseñarle los

billetes para París esa misma noche de madrugada, la expresión que tendría cuando en la Torre Eiffel, le pidiera que se casara con él.

Era una locura, comenzar una vida nueva desde cero, con el único aliciente de emprenderla juntos, pero qué más daba, la quería, y pasar el resto de sus días con ella era lo único que ahora mismo le importaba.

### **Apartamentos Deep Side.**

Natalie se había quedado dormida en el sofá. No sabía cuántas horas había pasado allí, pero lo cierto es que ya daba igual. Ahora estaba sentada, sintiendo como el peso de todo el mundo la aplastara poco a poco contra aquel sofá. Cabizbaja y deprimida miró en dirección a la maleta, que se encontraba en la mitad del pasillo. Parecía estar recriminándole algo, tenía que salir de allí. Pero algo la retenía, ¿este era el fin?. ¿Aquí terminaba la historia? Natalie parecía resistirse pero todo estaba en su contra, se echó las manos hacia su rostro, estaba húmedo.

Fue al servicio a lavarse la cara y adecentarse un poco, desde que había entrado no había hecho más que llorar, se miró al espejo, aquella cara no se iría sólo con agua.

Desde el cuarto de baño le pareció oír el teléfono, ya estaba cansada de las visitas y conversaciones inoportunas así que hizo caso omiso, el contestador haría su trabajo. Al cabo de cinco tonos su cara estaba lo suficientemente limpia, podría salir.

Una voz familiar estaba dejando un mensaje.

- Natalie por favor, si estas ahí cógelo ...

Era William, reprimió un impulso por salir corriendo y agarrar el teléfono, pero no tardaría mucho en sucumbir aunque sólo fuera para gritarle que le dejaba, que le odiaba, que era lo peor que le había pasado en la vida.

- Se que entre nosotros todo ha ido muy mal últimamente, pero por favor

si aún me quieres, si aún sientes algo al escuchar mi voz, espérame.  
Tengo algo muy importante que decirte. Te quiero, Nat.

Natalie volvió a echarse a llorar. No sabía qué hacer. Sus palabras parecían sinceras pero ya no era capaz de reconocer la sinceridad. Estaba tan acostumbrada a sus mentiras, a sus perdones y vueltas a la normalidad que ahora le resultaba imposible distinguir.

Observó su marco de fotos digital que mostraba un video de William pintando que ella misma había grabado.  
Siempre tan perfecto, tan odioso... tan... Natalie se dejó caer despacio, hasta el suelo. No sabía que hacer...

De pronto el timbre volvió a sonar.

Sus ojos se abrieron de par en par. ¿Cuanto tiempo había pasado? ¿Y si fuera él...?

### **Cercanías de los apartamentos Deep Side**

Un coche negro aparcó majestuosamente.  
William bajó de él, no sin antes despedirse de John y Mónica.  
Estrechó la mano de Doggett y recibió gratamente el cálido abrazo de Mónica.

-Buena suerte.

Le dijo ella con media sonrisa.

William le devolvió la mirada. Estaba nervioso.

-¡Máندانos una postal!

Dijo Doggett desde la lejanía.

William caminaba por su avenida. Le parecía extraño estar de vuelta en casa. Parecía que habían pasado siglos desde la última vez, y los hechos

que había vivido bien lo ratificaban.

Metió su mano en el bolsillo para comprobar por enésima vez que el anillo seguía allí.

Vestía con una camisa negra, chaqueta gris informal y unos vaqueros.

Había comprado el atuendo para la ocasión.

Su pelo, como siempre, rubio con esos rizos traviosos que jugaban con el viento.

Su mirada escondía un sinfín de matices. Deseaba llegar a su apartamento, abrazar a Natalie y fugarse con ella a París. Dios... ¡cómo lo deseaba!

Mónica dejó de observarle sólo para contestar su teléfono.

A medida del transcurso de la conversación su cara cambió por completo.

Doggett esperaba inquieto, presentía que tenía relación con el caso y la expresión de Mónica empezaba a desconcertarle.

Por fin colgó su teléfono y le miró sin poder disimular aún la sorpresa de su rostro.

-Ya tienen los resultados de ADN del cadáver enterrado, y no corresponden con Arch Stennon...

Doggett la miró con asombro.

-Y entonces...¿quién es?

## **Apartamentos Deep Side**

Natalie abrió la puerta con decepción.

No era él. A pesar de ser la persona que más odiaba en este momento, era la única a la que le apetecía ver. Todo era extraño, irracional como su amor.

Volvió a dirigir la mirada hacia el caballero que la observaba atento.

-----

Frank, meditaba en la escalera.

La cocina no había sido un buen sitio para esconder su prueba.

¿Pero cómo se le había ocurrido?

Seguramente la madre de William le visitara y le ayudara a limpiar todo

aquello que ya no servía.

Definitivamente, tenía que recuperarlo, no había sido una buena idea, todo aquel estrés estaba acabando con su juicio.

-----

Natalie le preguntó cortésmente qué quería, tan decepcionada estaba de que no fuera William que apenas estaba en este mundo, aquel tipo parecía no tener ganas de hablar.

-He quedado con el doctor Van de Kamp, está de camino ahora, me dijo usted estaría aquí.

Natalie no comprendía nada. ¿Quién era ese hombre? ¿Qué tenía que ver con William?

Por un momento empezó a recordar su mensaje "tengo algo muy importante que decirte", ¿y si había citado allí a ese hombre para entre los dos explicarle a ella algo de lo que estaba sucediendo?

Natalie abrió del todo la puerta y le cedió el paso.

-Siéntese por favor.

Pero él no tomó asiento. Aquel hombre parecía mantener una ardua lucha interna, Natalie le observó extrañada. En la profundidad de su mirada encontró la respuesta, una ventana al abismo, oscuro negro y de inevitable desesperanza. Quizá, demasiado tarde, Natalie retrocedió un paso.

-Lo siento.

*Le dijo él mientras observaba el miedo de su rostro.*

- De veras que lo siento.

-----

El disparo retumbó por todo el edificio.

William dejó de pulsar la llamada del ascensor y se lanzó hacia la escalera.

Esperaba que ese sonido no fuera lo que había escuchado. Esperaba que no viniese de su apartamento, sino de una lejanía ajena a él.

Cogió su móvil y llamó al hospital mientras subía.

Los peldaños volaban bajo sus pies en pos de un futuro incierto, el ritmo frenético de su corazón le impedía escuchar los tonos de espera de la centralita de emergencias de su hospital.

-----

Natalie se vio sola. Tendida en el suelo, observando la fotografía de William, incapaz de moverse y con lágrimas en sus ojos, el frío empezaba a apoderarse de ella.

-----

William entró en su apartamento corriendo. Su corazón iba a salirse de su pecho, y cuando cruzó su puerta, su peor presentimiento cobró forma, y vida.

-¡Natalie!

Clamó en un grito ahogado de desesperanza.

-¡Dios!

Dijo mientras se echaba al suelo hacia ella. Estaba llena de sangre. Cubrió sus manos de rojo. Las impregnó de vida, y de muerte.

-Natalie, no puedes hacerme esto... ¡vamos!

Dijo suplicando, apoyando su cara contra su pecho, volvió a mirarla abriendo su blusa desesperadamente hasta encontrar la herida que tapar con sus manos. La sangre brotaba sin cesar en una despedida angustiada y desesperada.

De pronto, ella abrió sus ojos.

-No llores... *-le dijo con las pocas fuerzas que le quedaban-*

William no podía entenderlo. Sus lágrimas se mezclaban entre la sangre.

-¡Natalie! –dijo mientras se sacaba el anillo-

Sus fuertes manos temblaban, apenas podía hablar, sus labios eran un nexo directo a su corazón.

-Natalie no puedes dejarme, tienes que casarte conmigo...

Dijo William entre un sollozo atormentado por la realidad de su desdicha. Ella le miró, con haz de sonrisa en sus labios.

William apenas podía respirar, entre el amargor de la sangre y las lágrimas colocó el anillo en su dedo.

-Te quiero...

Dijo él, mientras ella cerraba sus ojos.

-¡No! Nat... ¡aguanta! La ambulancia está al llegar, vamos... no me dejes... ¡no me dejes, Natalie!

William desplomó su cuerpo en el suelo. No podía respirar, ni dejar de llorar. Aquello no podía estar sucediendo...

-¿Por qué...? –gritó a un cielo que ya no le debía nada-

Comenzó a intentar a reanimarla, apretando su pecho con sus manos. Fuertemente.

Pero no reaccionaba.

Siguió intentándolo sin cesar.

Sus conocimientos médicos gritaban impotentes ante la falta de medios, de posibilidades.

Esto no podía acabar así. Iba a salvarla. Iba a recuperar lo que nunca debió perder, de lo que nunca debió separarse.

-Vamos, Natalie, no puedes dejarme... no puedes... vengarte así de mí...

De pronto entró Foreman con un equipo de médicos que presenciaron algo demasiado común, pero la cercanía con William lo hacía la escena la más horrible de sus vidas.

William lloraba desconsoladamente, con un dolor que le recorría sus venas y le arrancaba el corazón, pero seguía reanimándola, intentando recuperarla...

Foreman se acercó a él y le cogió el brazo suavemente mientras negaba con la cabeza indicándole lo inevitable. La herida era mortal.

-Déjala ir, William.

William le miró enfurecido.

-¡No! ¡No puedo dejarla marchar! ¿estás loco? ¡Voy a casarme con ella!  
—*dijo mientras la volvía su rostro hacia ella. De cara angelical y tez blanca-*,  
¡vamos Nat! ¡vamos, cariño!...Nat...

La tormenta de su vida había desatado la peor de sus iras contra él.  
William lloraba desconsolado mientras se retorció de dolor por el suelo.  
Quería morir, su vida no tenía sentido sin ella.  
Cesó su empeño por reanimarla y le cogió la mano. La acarició como la primera vez. Aunque en esta ocasión, con el anillo que él le había regalado.

-¿Nat...?

Preguntó hacia ella, esperando que abriera sus ojos y le mirara dulcemente.  
Que le apretara la mano y él supiera que seguía a su lado.  
Las lágrimas inundaban su rostro de tristeza y soledad.

-¿Natalie...?

Volvió a preguntarle mientras la esperanza le arrancaba el alma.

Foreman hizo un gesto al equipo médico para que se retirara y los dejaran a

solas.

William la miraba como jamás había mirado a nadie.

-No puedo hacer esto solo, Nat... Dios... lo siento cariño, lo siento tanto...- *su respiración se entrecortaba por el llanto*- no tenía que haberte dejado sola... perdóname por favor... perdóname Nat...

Sus ojos antes azules, ahora habían cobrado un tono gris. Inundados en la inmensidad de su tortura, esperaba que la mujer a la que más había amado reaccionase. Si de verdad le quería, si de verdad su amor era real su corazón podría volver a latir, y perdonarle para juntos emprender una vida nueva.

Esa vida que William le había prometido y no había podido cumplir.

Se tumbó a su lado, cerrando los ojos, intentando marcharse con ella. Perderse en un camino que no había tenido oportunidad de tomar. Disiparse entre la felicidad que le había sido arrebatada.

En la habitación contigua, Frank lloraba desconsoladamente, escondido en el armario, sus manos estaban manchadas de sangre. En su cabeza el dolor y la desesperación se apoderaban de él.

Nunca encontraría las palabras de consuelo que ayudasen a William a sobrellevar que él era el responsable de la muerte de Natalie...

**Escrito por:**

illanos y Diana\_xfiles

**Idea Original:**

**Equipo FH:**

Maitote,

Alhana,  
illanos  
y Diana\_xfiles.

**Disclaimer:** Muchos de los personajes aquí utilizados pertenecen a Chris Carter y/o la Fox. Este relato es sin ánimo de lucro, y sólo con el afán de entretener.